

en varios pedazos. Gritó; acudieron otros oficiales que sujetaron á Rodríguez, el cual parecía que iba á lanzarse sobre López. López, á su vez, aguardaba con serenidad, sonriéndose, aquella acometida.

Llevaron á Rodríguez al cuarto de banderas. Echaba sapos y culebras por la boca. «¡Vaya! ¡Vaya!—decían otros—con el capitán beato.» Y surgió la frase de rigor: «Aquí se impone un lance.»

—¿Que si se impone? rugía Rodríguez. Y si ese canalla no acude al terreno, lo mataré como á un perro. ¡He de beber de su sangre!

Allí mismo quedaron nombrados los padrinos. El coronel declaró que, en efecto, era el lance inevitable. Salieron los padrinos, y á poco entró el capitán López.

Venia desenchajado, triste, con las señales del remordimiento en el rostro. Venía (¿quién lo dijera?) á dar una satisfacción á Rodríguez: había faltado, aquello había sido un indisculpable acaloramiento, aquellas bur-las continuadas de Rodríguez le habían exasperado... Estaba dispuesto á todo por reparar aquel hecho de que se avergonzaba.

Todo esto era asombroso. El coronel se incomodó, gritó, dijo que le abochornaba que tales cosas ocurrieran en su regimiento. El capitán Camacho, un adulatorcito que no despe-gaba los labios sin mirar antes la cara del coronel, habló de formar el tribunal de honor. Algunos se opusieron, defendiendo tímidamente á López. Pero la corriente era fuerte, muy fuerte.—Sí, sí;—dijo el coronel—de-béis constituir un tribunal de honor; el oficial que abofetea á otro y se niega á la debida reparación en el terreno de los caballeros, no puede continuar en el regimiento.

Camacho lo arregló todo sin otra mira que la de congraciarse con el coronel. Los otros capitanes fueron á la rastra, como comparsas á quienes se obliga á tomar parte, contra su gusto, en una mascarada. Se juntaron ocho capitanes alrededor de la mesa del cuarto de banderas, y llamaron ceremoniosamente á López para que compareciese ante ellos.

El acusado se presentó ligeramente conmovido.

—Señores—dijo—sé de lo que se trata, y quiero ahorraros un trabajo inútil; el hecho es notorio. Yo, incomodado por las bromas del capitán Rodríguez, en un momento de arre-bato, le he pegado un puñetazo en las narices. Dicen que esta mala acción no tiene otro arreglo que un duelo. Y á semejante arreglo no me avengo yo; soy católico, y la Iglesia me pro-hibe acudir á ese terreno; ahora vos-otros decidiréis. Reparad que si declaraís que yo, sin batirme, no puedo continuar en el ejército, implícitamente declararéis que la milicia es incompatible con la Religión.

—Sí, sí—interrumpió el capitán Moreno;—el asunto es más grave de lo que parece. Rodríguez es un majadero, y por un majadero no vamos á hacer perder la carrera al mejor oficial del regimiento.

—¿Qué se trata de probar en un duelo?—dijo el capitán Guerrero.—¿Qué se es valiente? Pues la hoja de servicios de López demuestra eso de un modo cumplido.

—Declaremos—añadió el capitán Urrutia—que nuestro compañero López merece toda nuestra confianza como hombre de honor y como militar esforzadísimo.

—Pero ¿sin algo de duelo?—dijo Camacho.—Eso disgustará al coronel.

—Y ¿qué nos importa el disgusto del coronel?—gruñó el capitán Cazorla, hombre avinagrado y muy independiente de carácter.

—Francamente, señores—dijo el capitán Mendoza—todos aquí damos la razón á López. El tribunal de honor á quien debe formarse es á Rodríguez, y una paliza entre todos de propina. Pero pongámonos en los casos, y V. López tampoco se nos suba á la parra. Más católico que yo, no es V. Pero alguna vez los hombres tenemos que hacer algo contra nuestras convicciones. Créame V. á mí. Acepte el lance. Será una farsa; cargaremos las pistolas con pólvora sola, y todo acabará en sainete. Después nos constituiremos en verdadero tribunal de honor, no contra V. que tiene para sí y para regalar á todos, sino para juzgar á ese tramposo y vicioso Rodríguez, y lo echaremos de aquí á puntapiés.

Esta solución práctica gustó á todos los capitanes, y perdiendo la gravedad judicial, levantáronse todos y rodearon amistosamente á López, proponiéndole aquella transigencia con las preocupaciones del vulgo, entre el que contaban á su querido coronel. Pero López se mantuvo firme, y llegó á irritarles. Por fin López salió del cuarto diciéndoles: «Hagan Vds. lo que quieran.»

Esto les puso en gravísimo aprieto. Pero eran todos ellos hombres honrados, y no se atrevieron á declarar nada contrario á su recto sentir. Se hartaron de llamar terco, preocupado, exagerado, neo, á López; pero la firmeza de López triunfó. Decidieron por unanimidad que en nada había faltado á su honor el capitán López rehusando un lance con un imprudente provocador.

Cuando abandonaron el local, encontraron á Rodríguez y López, conversando, mejor dicho, altercando en el patio. López decía, como síntesis ó conclusión del largo discurso:

—Pues V. haga lo que quiera; yo ahora mismo presento mi instancia.

—Y ¿qué es lo que va V. á hacer?—preguntaron á López varios de sus camaradas.

—A presentar una instancia para

pasar á Cuba de voluntario, á combatir contra los enemigos de la patria. Invitaba á Rodríguez á que siguiese mi ejemplo, y de este modo poder ambos demostrar en una guerra justa el valor que yo no puedo acreditar en un lance prohibido por la Iglesia.

—¿V. á Cuba? ¿Con tantos hijos y sin haberle tocado en el sorteo? Y ¿todo por este tunante de Rodríguez?

—¿Quién me llama tunante?—gritó Rodríguez.

—Yo—rugió Mendoza.—Es V. un necio y un pillo, y aquí le soportamos yo no sé por qué. Y por si no tuvo V. bastante con la de López, ahí va la mía.

Y le soltó una tremenda bofetada.

Todos los oficiales, menos López, corrieron hacia Rodríguez, increpándole con los más duros calificativos, y amenazándole con los puños cerrados.

Rodríguez tuvo entonces un miedo terrible, palideció, y echo á correr.

Y lo hubiese pasado allí mismo muy mal, sin la intervención y defensa de López.

Pero los oficiales no han podido conseguir que López retire su instancia. En el último correo embarcó para Cuba, habiéndole ido á despedir toda la oficialidad del regimiento, con el coronel á la cabeza.

—He aquí un hombre—dijo sentenciosamente el coronel, cuando regresaban de la estación—que me ha hecho comprender toda la necedad del duelo. Estos hombres así no se baten jamás, y en cambio, el desafío es una explotación para los pillos como Rodríguez.

Excusado es añadir que á Rodríguez le hicieron pedir sus camaradas la licencia absoluta. Y que en el regimiento se aguardan con cariñoso interés noticias del capitán beato.

VÍCTOR.

¿Repúblicas?... y tan repúblicas!

Nadie será capaz de afirmar que la república portuguesa del siglo XX camine por aquellos senderos que inmortalizaron á la república veneciana del siglo XV por su clásica habilidad de deshacerse de estorbos.

Pero lean, lean lo que se dice por Europa de lo que pasa en Portugal, y verán cómo las gastan esos que gritan ¡viva la libertad! y odian el catolicismo que tiene la virtud inimitable de hacer grandes y prósperos, pacíficos y honrados á los pueblos que se le confían.

No sin razón los buenos portugueses invocan al cólera morbo, que tantos beneficios podrá hacer á Portugal, bien dirigido por una mano providente.

Y vaya una lista, incompleta, que publica un periódico de Bruselas, de las muertes repentinas que ocurren en la flamante república y de las que son víctimas, por casualidad las personas significadamente monárquicas.

En Coimbra murieron repentinamente dos militares acusados de conspirar contra el régimen.

También fallecieron dos paisanos, Almeida, profesor de la Universidad, y Machado Braga.

Otros dos militares se volvieron locos, uno en la cárcel y el otro al llegar a su casa después de ser libertado.

Un profesor de la Universidad se puso enfermo con sintoma de envenenamiento.

En Viena de Castelló un teniente de Artillería, monárquico, murió de repente.

Tres días después ocurrió igual a un comandante de la misma arma; apellidado Castello Blanco, en el Castillo de San Jorge, convertido en prisión militar.

En Lisboa fallecieron repentinamente, siete monárquicos, a cuyos cadáveres prohibió el gobierno hacer la autopsia.

Entre los fallecidos repentinamente figura también el coronel Celestino de Silva, a quien se suponía jefe del movimiento revolucionario.

No contento el gobierno con estas órdenes, suspendió el diario republicano *El Día*, que pidió se hiciese la autopsia a dichos cadáveres.

La maquinaria del periódico y la imprenta fueron destruidas y el director maltratado.

Y en Oporto acaba de fallecer de repente el coronel inspector de la tercera división don Bautista Díaz.

¡Claro que esto nada tiene de particular!...

¿Qué culpa tiene nadie de que la muerte haya simpatizado con la República y de que le dé a la descarnada por esgrimir en provecho de su amiga la fatal guadaña?

.....

Primera medida regeneradora de los que hablaban de purificar actos de otros gobiernos y aniquilar el favoritismo.

«Paga pueblo...

Los flamantes diputados portugueses, por primera providencia, se han votado cuantiosas dietas.»

¡Españoles honrados, ojo con las repúblicas anticlericales! Francia y Portugal son un gran libro de enseñanza con grabados sangrientos y todo.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos y el teatro

No es mi objeto, lectores de EL AMIGO DEL POBRE tratar aquí del gran número de obras pertenecientes a todas las ramas de la literatura y de los estudios políticos y sociales que ha dejado el distinguido gijonés, cuyo centenario celebraremos en estos días D. Gaspar Melchor de Jovellanos, verdadero conocedor de la ciencia, como lo prueban aquellos versos suyos

“Serás sabio y feliz si eres virtuoso
que la verdad y la virtud son una;”

Mi objeto redúcese tan solo a exponer algunas observaciones ligerísimas considerando al inmortal Jovellanos en sus relaciones con el teatro, atendida la gran influencia que éste ejerce y ha ejercido siempre en las costumbres.

Comprendía admirablemente Jovellanos cuál es la misión del teatro y cuánta es su importancia, según nos lo dejó demostrado en su discurso histórico-político que por encargo de la Real Academia de la Historia escribió acerca del origen y vicisitudes de los espectáculos y diversiones públicas en España. Oigámosle:

Fórmese «un teatro donde puedan verse continuos y heroicos ejemplos de reverencia al Ser Supremo y a la religión de nuestros padres y amor a la patria, al soberano y a la constitución; de respeto a las gerarquías, a las leyes y a los depositarios de la autoridad; de fidelidad conyugal, de amor paterno, de ternuras y amor filial; un teatro que represente solo príncipes buenos y magnánimos, magistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una palabra, hombres heroicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos, protectores de la inocencia y acérrimos perseguidores de la iniquidad; un teatro, en fin, donde no solo aparezcan castigados con atroces escarmientos los caracteres contrarios a estas virtudes, sino que sean también salvados y puestos en ridículo los demás vicios y extravagancias que turban y afligen la sociedad, el orgullo, la prodigalidad, la avaricia, la bajeza, la lisonja, la hipocresía, la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscreción, la afectación de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad; y en suma, todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del sendero de la virtud, del honor y de la cortesanía por entregarse a sus pasiones y caprichos.»

Atuviéranse a este modo de pensar los que en la actualidad dedican su talento al teatro, y las costumbres mejorarían en ello.

¡Cómo impresionan las situaciones del drama en el ánimo de los espectadores!

¡Cómo se graban en nuestro entendimiento sin poder borrarlas nunca ciertas escenas, si son buenas procurándonos resultados beneficiosos, si son malas perjudicándonos.

En muchas ocasiones he oído exclamar a algunas madres de familia dirigiéndose a sus hijos: ¿ves, ves, hijo mío, qué pago lleva el malvado y cómo Dios protege al que obedece sus mandatos?

¿No es cosa corriente también el que muchos espectadores demuestren con gritos y denuestos su irritación ante escenas de maldad?

¿No estalla en aplausos el público electrizado ante una acción noble y heroica?

Recordemos con entusiasmo a fuer de buenos españoles, aquel siglo de oro de nuestra literatura en que los pueblos de quienes hoy somos tributarios rendían pleito homenaje al teatro español tomándole por modelo.

Dignos son de loa esos hombres que con su privilegiado talento pueden hacer grandes cosas, hermosas y nobles, así como de repulsión y castigo severísimo esos otros que confunden el *naturalismo* con... (perdónenme la palabra) el *estercolerismo*, que todo lo sacrifican al cobro del trimestre.

Para los primeros, el teatro es una escuela que debe fomentar las buenas costumbres, un medio eficacísimo para desviar del mal las voluntades.

Para los segundos, es una cloaca, un recurso más para la propagación de doctrinas perversas.

Para los primeros, el teatro es el templo del arte.

Para los segundos, un mercado de explotación.

Por los primeros, el teatro se eleva, se dignifica.

Por los segundos, se prostituye, se envilece.

Las obras de los primeros instruyen. Las obras de los segundos destruyen.

¡Vuelvo a repetirlo! ¡Desprecio y oprobio a estos mercaderes literarios, a estos propagadores del mal!

¡Looor y gloria a los autores que comprendiendo la verdadera misión del teatro a ella sujetan sus escritos y trabajan sin descanso porque el español vuelva al antiguo esplendor que le hizo ser el primero del mundo!

J. O. F.

¡AYES!

Los que soñais placeres y delicias y en blando lecho reposáis tranquilos con el alma preñada de ambiciones y de molicie el corazón podrido; los que al «becerro de oro» rendís culto, los que en eterna lucha de partidos os disputáis con sórdida avaricia los girones benditos que de la patria con orgullo ostentan los timbres de su gloria y poderío, llevad entrambas manos a los ojos, el velo desgarrad del egoísmo, y al ver en lotananza resplandecer la Caridad de Cristo saludadla y, heridos por sus rayos, de vuestro corazón caigan los ídolos.

En los campos y minas y talleres de angustia y de dolor se oyen los gritos que lanza la legión de los obreros honrados y sufridos que imploran protección para el trabajo, para sus chozas bienestar y abrigo, salud para sus cuerpos, amor para su espíritu, y luz para sus almas y pan para sus hijos.

Poderosos, secad la húmeda frente del que con su trabajo os hace ricos; pobres, humildes sed... jamás arraiguen en vuestro corazón odios malditos.

Y vosotros los hijos del trabajo cerrad vuestros oídos, a la engañosa voz de la sirena que al pueblo incauto con faláz silbido le hace juguete de ambiciones locas, le rinde culto con amor ficticio y le proclama libre y soberano... ¡y le mata después de hambre y de frío!

PEDRO GOBERNADO

Misa modernista

—Señorita, acaban de dar el tercer toque para la misa.

—¿Tan pronto?... ¡Jesús, hija, qué sacristanes éstos, que no dan tiempo a una para vestirse decentemente!

—Pues apúrese, porque va á llegar cuando dé el cura la bendición.

—Ea, dame los guantes... el pañuelo... el abanico... el sombrero... el rosario de oro; de prisa, mujer, de prisa... ¡Jesús, qué fastidio de criadas!...

—¡Ay, señorita Pilar, quiera Dios que no se le haga tarde!

—¿Está puesto el victoria?

—Sí, señora.

—Me sientan bien los guantes?

—Perfectamente.

—¿Y el sombrero?

—Admirable.

—¿Y la falda?

—Divina.

—Ea, adios.

—Adios.

—Pepe, castiga los caballos... da prisa á Santiago... ¡Dios mío, que alcance la misa!... ¡Qué curas estos!... No sé por qué han de decir las misas tan temprano...; ¡miren que decir la última á las 12 del día!

Y la dama llega á la Iglesia cuando la Misa va por el «Credo»...

¡Gracias á Dios!... ¡Por poco no la alcanzo!...

Entra atropellando á cuantos por delante se le ponen...

Antes de colocarse en ningún sitio, la campanilla ha tocado el «Sanctus»...

—¡Ah! ahí está Lucha... voy á sentarme á su lado... Buenas tardes, Lucha; ¿cómo estais en casa?...

—Bien, hija, ¿y en la tuya?

—Perfectamente... pero yo con una molestia que no hay quien me la quite.

—¡Mujer! ¿Qué te pasa?

—Nada, hija; mi mamá política que es una montañesa de lo más tonto, de lo más necio y de lo más fatuo... Ayer era su santo, vinieron las de Estévez y le regalaron unos guantes lujosísimos... ¡Gracias! No los gasto, dijo... Al instante la guiñé, haciéndole ver lo que desairaba á las muchachas... y la muy necia de mi suegra va y dice: ¡Ay! sí, sí, tomaré uno por no despreciar... ¡Mira que tomar uno sólo...!

—Je, je... ¡ji, ji...

En aquel momento ambas señoras caen de rodillas, sorprendidas en su charla por el argentino son de la campanilla que hace la señal de levantar á Dios.

La dama se da unos golpecitos en el pecho que, por la poca contrición que los acompaña, lo mismo hubiera podido dárselos en la nuca ó en las espaldas.

Cuando después de levantar á Dios todos siguen de rodillas, ella sola se levanta para sentarse, pero con tan mala suerte, que hace tortilla un sombrero de copa que el vecino de detrás puso en la silla de la dama, creyendo que no se sentaría tan pronto.

Esta le pide mil perdones.

Aquel contesta que «no hay por qué»... «no ha sido nada»; pero interiormente reniega de la dama á quien

creía más aérea y vaporosa, y resulta más pesada que un costal de trigo.

Entre tanto, Pilar y Lucrecia se han puesto los pañuelos en la boca para reprimir la risa que les ocasiona el perance...

Durante el resto de la Misa no hacen otra cosa que mirarse con el rabillo del ojo y reír sin que puedan remediarlo...

Finalmente, el sacerdote da la bendición; y antes del último Evangelio y de las «Ave Marías», se despide de Lucrecia porque ha de hacer una visita urgentísima, y sale de la casa de Dios creyendo á pie juntillas que ha cumplido con el precepto de oír Misa entera con atención y devotamente.

AZAZEL.

Anverso y reverso

AYER

La vida era muy barata, no existían impuestos de consumos, de alquileres, de alumbrados, de cédulas personales, etc., etcétera, abundaba la moneda de oro valiendo más que la extranjera y no existía la deuda pública.

HOY

La vida se ha hecho casi imposible, la deuda alcanza cifra fabulosa; los impuestos abruma y á millares emigran trabajadores y obreros buscando allende los mares el pan que ya no encuentran en la madre patria.

El día de ayer sin impuestos, con crédito y con riqueza fué la obra clerical.

El de hoy con impuestos, sin riqueza y sin crédito es la obra del anticlericalismo.

Compare el pueblo y medite.

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento oficial, bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

Intereses que abona esta Caja de Ahorros

▲ las imposiciones reembolsables á la vista, el 3 por 100 anual.

▲ las imposiciones reembolsables á seis meses, el 3 y medio por 100 anual.

▲ las imposiciones reembolsables al año, el 4 por 100 anual.

Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.

Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Fábrica de Chocolates AGUSTINA UJO.—(ASTURIAS)

Proveedora de los principales Economatos y Cooperativas de Asturias y del Economato de la Compañía de ferrocarriles del Norte.

190.000 libras de chocolate vendidas en 1910

Las variaciones de la temperatura

Antes de salir el invierno, cuando la enfermedad ha debilitado vuestra constitución es necesario someterse á un regimen. La enfermedad se manifiesta de nuevo. Para eludirlo será necesario recurrir lo más pronto posible á la *Poción Antiséptica del Doctor Giuseppe Bandiera*. Se vende en Palermo (Italia) en la Farmacia Nacional Calle Cavour 89-91. Precio del frasco con su instrucción 5 francos (Dirigir el pedido por mandato postal.) (12)

De artillero á Benedicto

El teniente del 35.º de Artillería, en Vannes, monsieur Poijet, bizarro y pundonoroso oficial, muy querido y estimado por sus jefes, ha cambiado el uniforme militar por el modesto hábito de Benedictino, con gran sentimiento de todos sus compañeros, que trataron de disuadirle de tan radical determinación sin conseguirlo, pues, según él les decía, «estaba firmemente resuelto á consagrarse á Dios por completo».

Contra la hidrofobia

Dice un periódico y lo copiamos tan sólo á título de información:

«Hace mucho tiempo que hemos leído en la Prensa lo que un doctor inglés hizo público para evitar la hidrofobia á todo el que sea mordido por un perro atacado de dicha enfermedad.

El médico indicado enseñaba el siguiente remedio:

Tan pronto se sepa que una persona fué mordida por un perro hidrófobo, se estrujarán fuertemente las heridas y entre tanto se disuelve un cuartillo de sal en otro idem de agua, y valiéndose de un paño se lava con esta agua la herida hasta concluir el líquido dicho. Seguidamente se muele sal y se aplica á la herida conservando en ella la sal durante veinticuatro horas.

Con este remedio no tendría inconveniente (decía el tal doctor) en dejarse morder de perros hidrófobos las veces que se juzgase necesario para evidenciar su eficacia, puesto que voluntariamente lo había verificado algunas veces, según afirmaba.

El que escribe estas líneas lo aplicó á una persona mordida por un perro hidrófobo, que fué muerto por un vecino en el momento que el animal dañino estaba furioso destrozando un brazo á la víctima, la cual estaba, además, llagada por escrófulas. Esta persona mordida se vió libre de la rabia.

Todavía vive el que mató el perro y otras personas que presenciaron todo lo dicho.

Resulta que la sal es un magnífico cauterio, que ni causa mucho dolor ni deja de haberla donde hay casas habitadas, ni se necesita médico. X.»

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón